

# Lo público: de lo sagrado a lo relicario



La secularización del mundo social, proceso característico del desarrollo de la modernidad, trajo consigo una reedición de lo sagrado. Por siglos lo sagrado y lo religioso permanecieron juntos, fueron revestidos como inherencias mutuas, haciendo que entre aquello que separa de lo profano y aquello que conecta con una entidad superior existiera una indisoluble relación de continuidad y contigüidad. Pero la secularización del mundo social advirtió que tal relación no siempre era evidente, próxima o inmediata, que lo sagrado y lo religioso no andaban siempre juntos; de hecho el mundo moderno se hizo a unas sacralida-

des sin que esto supusiera que hiciera de ellas unas religiones. Pocas veces se perciben en este mundo moderno las cargas de lo sagrado, quizás porque la modernidad misma, con sus propias metafísicas y ciencias, se encargó de velarlas con la idea de lo secular. Pero no han sido pocos ni mucho menos vanos los intentos por restituir la fuerza de lo sagrado para entender nuestras configuraciones modernas, sus aspiraciones, sus realizaciones y sus utopías, sin la pretensión de relicarizarlas. Por demás, en estos intentos están algunas de las críticas más profundas y consistentes al proyecto moderno.



Uno de los dominios progresivamente sacralizados por la modernidad fue lo público y el mundo de lo público en el que habrían de descansar las democracias. Un espacio pretendido en la voluntad de un soberano colectivo, irrigado por el ejercicio de unos derechos, suspendido en la ciudadanía como membresía y que permite que tantos desconocidos puedan coexistir en la proximidad de sus existencias, tiene una poderosa aura sagrada: una comunidad donde se puede existir por fuera de las contingencias terrenales o donde éstas pueden ser sublimadas bajo el auspicio de la política. La sacralización de lo público y del mundo público permitió una comunidad donde hombres y mujeres no concurrían simplemente por las necesidades de acceder al indispensable vital para sobrevivir, sino donde podían trascenderlas como colectivo. Es allí, en esa sacralización existente pero denegada, donde estarían los principios de lo que algunos denominan una ética de la compasión. No de la compasión relicaria, madre de caridades y conmisericordias, sino de la compasión sagrada, que confronta la profanación, es decir, la expulsión de cientos de miles de hombres y mujeres fuera del espacio de lo sagrado, quedando expuestos a todas las permisiones, inclusive a la afrenta de la muerte. No son estos hombres y mujeres víctimas propiciatorias, que sagradas en sí mismas mueren para preservar a la comunidad, sino víctimas sin más, deshumanizadas, expuestas al morir sólo por existir. La ética de la compasión confronta el espacio de los proscritos sin importar que éstos crean o no en una entidad superior en particular.

Pero los tiempos cambian. De las épocas en las cuales lo sagrado y lo religioso estaban tejidos de distancia, transitamos progresivamente a unas en las cuales distintas agencias se apropian abusivamente de lo

sagrado por vía de lo religioso y, más aún, donde relicarizan lo secular aún en contra de lo sagrado. No es esta una experiencia inédita, si nos atenemos a todos esos discursos que impusieron de manera arbitraria el carácter sagrado de la sangre, de la familia, de la patria o de alguna ideología y, sin talanquera alguna, optaron por erigirlas en objetos de culto, en religiones de cuerpo entero. De hecho, esta relicarización de lo secular está en la base de los más crudos regímenes autoritarios y totalitarios incubados en los tropicones de la modernidad, donde la *realpolitik* estaba soportada en religiones oficiales, en dogmas de fe, en doctrinas religiosas, cuando no en meras creencias esotéricas, que tenían la posibilidad de encubrir las arbitrariedades del poder con argucias místicas o mágicas: el caudillo ejemplar que podía dismantelar cuánta garantía existiese alegando la iluminación, la predestinación o descaradamente el juicio divino.

La locura del dictador, de tan fértiles cosechas en estas latitudes bananeras, es uno de los episodios de esta relicarización ausente de espacio sagrado o de aura de consagración, pero que aún así genera idolatrías por parte de pueblos enteros. Como en aquel país donde el tirano de turno se ufanaba de trabajar más de 18 horas diarias, de conocer cada kilómetro del país, de resolver en un instante lo que un ministro o secretario resolvería en años, de extirparles literalmente las ideas a los comunistas, de atender querencias en cuanto pueblo encontraba (eso sí, sin resolver ninguna sustantiva, menos aquellas que tuvieran que ver con la expropiación a los grandes hacendados o la devolución de tierras), lo que suscitaba la devoción de masas enteras de creyentes, tanta que éstas porfiaban por acceder al poder curativo del guardafango del carro presidencial. Habla-



mos de la Guatemala de Ubico en los años treinta y cuarenta. Las locuras de los dictadores los llevan a pretenderse santos súbitos, no ascendidos por el milagro efectivamente realizado, que tiene el poder de consagrar, sino por el ilusionismo persistente, que es una deuda sempiterna de un milagro que sólo se hará por gracia de la historia y los historiadores.

Pero esta relicarización de lo secular, que pareciera cuestión cultivada en otros tiempos, se está convirtiendo en una manifestación creciente en nuestros días. Tal vez, sólo tal vez, seamos hoy menos religiosos; pero es posible, sólo posible, que hoy seamos más relicarios, convirtiendo lo público y el mundo público en un teatro de fundamentalismos. En tiempos de la era de Acuario, esta relicarización de lo secular pareciera, como en otras épocas, responder a una crisis de la política: las fuerzas que modelan el mundo son de tales magnitudes y las insolencias de la política de tal dimensión que la arbitrariedad del poder, por sus excesos

o por sus defectos, demanda cierto ánimo religioso. No hace falta estar en alguna de las teocracias que aún persisten para encontrarse a más de un político apalancando sus decisiones en inspiraciones divinas, en prescripciones del dogma o en actos de fe. Pero así como los políticos, sus representantes soportan el mundo con la dejación de un anacoreta, con el estoicismo de un piadoso o con la resignación de un creyente. Paradójicamente esta relicarización de lo secular, que puede convertir en objeto de culto cualquier menudencia, juega un papel determinante no sólo en la incomprensión pública de las religiones sino, más aún, en la instrumentalización de las religiones contra las diversidades de lo público. Pero esto no es sólo cuestión de algunos clérigos obcecados en la supremacía de su credo; es, sobre todo, cuestión de todos aquellos que, confrontados por las demandas de la ciudadanía en la diferencia, optan por hacer de sus creencias y convicciones particulares el primero de los mandamientos de la ley de Dios.

Bogotá, D.C.  
septiembre de 2010

